

mentamos la acción disolvente ciertos días de nues-  
tra vida, sentis llegar insensiblemente su organismo  
hasta los fenómenos de la fluidez. Imprimis las  
tormentas de tal agonia un movimiento semejante  
al de las aguas, haciendole ver los edificios y los  
hombres al traves de portascosos medios, en el cual  
todo tremolaba como las olas en la mar. Queriendo  
encontrarse por algunos instantes que le quedaban de  
existencia á las titilaciones morales que en su men-  
te producian las reacciones de la vida física, se diri-  
jó á un almacén de antigüedades, con la intencion  
de dar pábulo á sus sentidos, y aguardar allí la  
noche, regateando objetos de arte. Esto, por decirlo  
así, era mendigar valor, y pedir un cordial, así co-  
mo los reos que temen por sus huesos, cuando deben  
marchar al cadalso.

quien se encontraba en el momento de su muerte, y  
no y carillada, de espaldas, con una gran  
de mirar en la cabeza, como si estuviera en  
tienda á una vista, especie de nacimiento y ocupada  
en limpiar una cacha cuyas maravillas se debían al  
tento de Fernando de Palmy y luego, dijo al casta-  
ño con tanto precipitado:

#### IV.

— ¡Oh, caballero, aquí no tenemos ni  
ni cosas muy ordinarias, mas si quisiera tomar  
de la modestia de mi primer paso, podré en-  
señaros muy interesantes cosas, como las de  
nuestro almacén, algunas cosas maravillosas, verdades  
extraordinarias, legados de Dios y que son de  
valor.

La conciencia de su fin cercano devolvió por un  
instante al desconocido la orgullosa imperturbabili-  
dad de una duquesa que tiene dos amantes. Por es-  
to entró en el almacén de curiosidades con sereno  
continente, vagando sobre sus labios una sonrisa  
continuada, fija como la de un borracho. Y en efecto  
¿no era enbriagado de la vida, ó quizás de la muerte?  
Pero, en breve volvió á sentirse fascinado, y continuó  
viendo las cosas bajo estraños colores, ó animadas  
de un movimiento lijero, cuya causa estaba sin du-  
da en la irregular circulacion de su sangre, ora bor-  
botante, ora tranquila y sin sabor como agua tibia.  
Preguntó con sencillez si podria visitar los al-  
macenes para ver si hallaria algunos objetos que

podieran convenirle. Levantóse un mancebo traca-zero y carrilludo, de rojo cabello, con una gorra de nutria en la cabeza; confió la guardia de su tienda á una vieja, especie de marimacho y ocupada en limpiar una estufa cuyas maravillas se debían al genio de Bernardo de Palissy y luego, dijo al extranjero con tono precipitado:

— Ved, caballero, ved, aqui no tenemos sino cosas muy ordinarias; mas si quereis tomaros la molestia de subir al primer piso, podré enseñaros muy hermosas momias del Cairo, vajillas incrustadas, algunos ébanos esculpidos, *verdadero renacimiento*, llegados de poco y que son de toda belleza.

A causa de la horrible situacion en la que el joven se encontraba, aquella palabreria de cicerone, aquellas frases neciamente mercantiles, produjeron el efecto de las mezquinas habladurias con las cuales asesinan los necios á los hombres de talento. Llevando la cruz hasta la cumbre de su calvario hizo como que escuchaba á su conductor, y respondiale con jestos, ó monosílabos.

Pero supo conquistar insensiblemente el derecho de quedar silencioso, pudiendo entregarse enteramente á sus postreras meditaciones, que fueron gigantescas y terribles. Era poeta, y su alma encontró allí un inmenso pábulo: debía ver anticipadamente las huesosas ruinas de veinte mundos.

A primera vista no vió en los almacenes mas que un cuadro confuso en el cual se entrechocaban todas las obras humanas. Cocodrilos, monos, serpientes disecadas, sonreían á vidrios de iglesias, parecían tener ganas de morder estatuas respetables, agruparse al rededor de lacas y saltar sobre arañas...

Un vaso de Sevres en el cual madama Jacquotot habia pintado á Napoleon, estaba cerca de una esfinge dedicada á Sesostris. El principio del mundo y los acaecimientos recientes se hermanaban con fraternidad grotesca. Un asador estaba puesto sobre un *Viril*, un sable republicano sobre una preciosidad de la edad media.

Madama Dubarry retratada al pastel por Latour con una estrella en la frente, desnuda y caballera en una nube parecia contemplar una cabra india, haciendo como que buscaba la utilidad de las espirales que por serpentinatas tortuosidades hacia ella subian.

Los instrumentos de muerte; como puñales, pistolas esquisitas, armas de secreto resorte se veían mezcladas con instrumentos de vida: fuentes de porcelana, platos de Sajonia, tasas orientales venidas de la China, antiguos saleros y flascos feudales. Un barco de marfil vogaba á toda vela sobre las espaldas de una tortuga inmovil. El emperador Augusto sostenia con uno de sus ojos, sin dar señas de enojo, el peso de una maquina neumatica.

Varios retratos de correjidores franceses, de burgo maestros holandeses, impertubables como siempre, sobresalian en aquel caos de antigüedades mirando al conjunto con frialdad y madurez.

No parecía sino que todos los países de la tierra hubiesen traído allí un resto de sus ciencias, una muestra de sus artes. Era por decirlo así un muladar de filosofía en el cual nada faltaba, desde la pica del salvaje americano, desde el pan-tuffo bordado del serrallo, hasta el yugatan del moro y el idolo de los tartaros. Hubieseis visto la petaca del soldado confundida con el copon eucarístico del cura y con las plumas de un solio derrocado. Y tantos cuadros monstruosos estaban sujetos á mil accidentes variados por la fantasía de una infinidad de reflejos á la mezcla de la luz debidos, á la brusca oposicion de la oscuridad y el resplandor. El oido del hombre creia escuchar gritos interrumpidos; la vista, distinguir esplendores mal disimulados; y el entendimiento, abarcar dramas incompletos.

Finalmente obstinado polvo tendia su cabalístico velo sobre todos aquellos objetos cuyos multiplicados angulos y desigualdades numerosas producian pintorescas perspectivas.

En los primeros instantes, el desconocido comparó las tres salas, rellenas de civilizacion, de cultos, de divinidades, de obras maestras, de tronos,

de disoluciones, de razon y de demencia, á un espejo de muchas faces, cada una de las cuales representára un mundo.

Pasada que fué esta impresion diafanamente brumosa, quiso escojer sus ultimos goces; pero de tanto mirar, pensar, y discurrir, se halló bajo la influencia de una calentura debida tal vez al hambre que empezaba á rujir en sus entrañas.

Acabaron de entorpecerse los sentidos del jóven con la de tantas ecsistencias nacionales ó bien individuales atestiguadas por estas prendas humanas que les sobrevivian. El deseo que le trajera al almacén fué perfectamente cumplido.

Emancipóse de la vida real, subió gradualmente hácia un mundo incognito y sumerjióse en un éstasis indefinible.

Aparecióle el universo por centellas en caracteres de fuego, así como en otro tiempo pasára llameante el porvenir á los ojos de san Juan en Pathmos.

Una muchedumbre de figuras adoloridas, graciosas, terribles, lucidas, lejanas, vecinas se levantó por grupos, por millares, por jeneraciones.....

El Egipto, entero, misterioso, se levantó de enmedio de sus arenas, representado por una momia envuelta con vendas negras. Los Faraones enterrando jeneraciones para construir una tumba... A buen seguro que entreviera entonces un mundo antiguo y majestuosamente solemne.

Una estatua de mármol fresca y suave sentada sobre torcida columna, radiante de blancura, le habló de los cuentos voluptuosos de la Grecia y de la Jonia.....

Y despues, quien no hubiera sonreido como el al ver sobre un fondo moreno la encarnada doncella bailando dentro del delicado barro de un vaso de Etruria, delante del dios Priapo y saludandole con aire jovial... Y luego en frente, una reina latina acariciaba con amor á su Quimera... Los caprichos de la Roma imperial, sobresalian y respiraban el deleite, revelando la cena, el baño, el tocador, el lecho de una Julia indolente, aguardando voluptuosamente á su Tibúlo.

Luego, la cabeza de Ciceron, terrible como los talismanes de Persia, evocaba los recuerdos de la Roma libre, y desarrollaba las pájinas de Tito Livio: estas ideas nacieron naturalmente en la mente del jóven por la contemplacion de la formula SENATUS POPULUS QUE ROMANUS..... Y aqui los consules con sus lictores, las togas de púrpura bordadas, las luchas del foro y el pueblo enfurecido desfilaban en su presencia, como las vaporosas apariciones de un ensueño.

Finalmente la Roma cristiana dominaba tan grandiosas imájenes. Abria los cielos una pintura. Veia la Virgen Maria envuelta en una nube de oro en el seno de los angeles, eclipsando la gloria del sol,

escuchando los plañidos de los desventurados, y sonreiale con gracia inesplicable la augusta consoladora...

Mas al tocar un mosaico hecho con las diferentes lavas del Vesúvio y del Etna, lanzabase su alma en la ardiente y poética Italia! Asistia á las cenas de los Borjiás, corria por los Abruzzos, aspiraba á los amores del medio dia, y enardecia por gozar las blancas caras de los ojos negros.

Horrorizábase de las escenas nocturnas por el frio puñal de un marido interrumpidas, al fijar sus ojos en una soberbia daga de la edad media, cuyo puño parecia á la labor de un encaje, y cuyo orin representaba como manchas de sangre.

La India con todas sus relijiones, resucitaba en un arlequin chinesco, parada su cabeza de puntiagudo sombrero, cargado de campanillas, de seda y oro vestido... Junto al arlequin una cabellera, pulida como los ojos de la ninfa á la cual perteneciera todavia ecsalaba perfumes. Al aspecto de un enano del Japon de torcidos ojos, boca lateral y miembros disformes, el animo se apesaraba y estendia al mismo tiempo con los recuerdos de un pueblo que cansado de inventar lo bello, encuentra placeres inesprimibles en la fecundidad de las estravagancias sin dejar por esto de ser unitario y consecuente...

Un salero en los talleres de Cellini trabajado, el

traía en el seno de la corte de Francia, en aquel tiempo en que las artes junto con la licencia florecieron, en aquel tiempo en que las diversiones de los soberanos eran suplicios y derrames de sangre, en aquel tiempo en que los grandes dignatarios de la iglesia, en los brazos de sus concubinas reclinados, decretaban la castidad para los simples sacerdotes...

Y sobre un camafeo vido las conquistas de Alejandro; y las carnicerías de Pizarro escritas en un arcabuz que estaba junto á un caballo, y al fondo de un casco vió como dramáticamente representadas las guerras de religión, descabelladas, crueles, infinitas: y luego las alhagueñas imágenes de la caballería aparecieron retratadas en una armadura de Milan damasquinada con gran maestría, bien acicalada, y bajo la visera brillaban aun para el poeta los ojos del paladín.

¿Que mejor poema pudiera imaginarse que tantas emociones escitára? ¿Que curiosidad no debía satisfacer la contemplación de tantos muebles, de tantas invenciones, modas, ornamentos y ruínas? El entendimiento no debía hacer mas que ordenar las formas, los colores y pensamientos que vivientes en los objetos estaban; y formar un conjunto metódico y completo de aquellos bosquejos del grande pintor que pudo acopiar tan inmensa paleta en la cual los innumerables accidentes de la vida del

hombre, se hallaban sembrados profusamente y con desprecio.

Después de haber abrazado al mundo, después de haber contemplado intrinsecamente, países, edades, reinados, el jóven volvió á ecsistencias personales; apercibió su individualidad, y determinó investigar los detalles dejando la vida de las naciones por ser demasiado ponderosa para un hombre solo...

En medio de tantos objetos dormía un niño de cera salido del gabinete de Ruischió, y recordárale su gracioso semblante los deliciosos placeres de su juventud primera.

Al aspecto del paño virginal que adornaba á una jóven doncella de Otahiti, su ardiente imaginación le pintaba la vida sencilla y encantadora de la naturaleza, la pura desnudez del verdadero pudor, los deleites de la pereza tan inherente al instinto del hombre, mostrábale un destino tranquilamente placentero, cumplido junto á un arroyo fresco y embelesador, debajo alhagueños plátanos, que sabroso maná prodigáran sin cultura.

Pero transformábase de repente en corsario, y se apropiaba los terribles pensamientos del Lara de Byron, paseando sus miradas y su espíritu por los nacarados colores de varios mariscos y mil preciosidades de concha, ecsaltado por las sensaciones que le causaban algunas madreposas que olian á emociones extremas; á algalia, á tempestades atlánticas.

Retraíase luego su colosal imaginación, para admirar un poco mas adelante las lindas cubiertas, los singulares arabescos de oro y de azur de que estaba enriquecido un misal, precioso manuscrito que le arrancaba del tumulto de los mares. Y guiado por una idea de paz, pensaba en el estudio y las ciencias, casi la ansiaba apática vida de los frailes, libre de pesadumbres aunque esenta de deleites; y se tendía en el humilde lecho de su celda, contemplando inocentemente desde su gótica ventana las praderas, los bosques, los viñedos de su monasterio.

En frente de algunos cuadros de Teniers, se suponía ataviado con la casaca del bizoño, encenagado en la miseria del peon, cubierta la cabeza con la mugrienta gorra de los flamencos, emborrachándose con cervéza, jugando con ellos en la taberna, y requebrando alguna maritornes.

Aunque estas ideas tan variadas y trangrandiosas hubiesen atravesado su cerebro conservábase entera su impresionabilidad; miraba una nevada del pintor Mieris, y tiritaba de frio; delante de un cuadro en el cual Salvator Rosa pintó una batalla, se convertía en ardiente guerrero. Ecsaminando una arca sepulcral de metáles del Illinois, sentía levantarse la piel de su cráneo por el escalpelo de un Cherokeo.

Despues, maravillado del donayre que presentaba un pajecillo, confiábale á la dama de un castillo,

la que sus melodiosos romances escuchára, y por la noche junto á una gótica chimenea la declarára su amor medio á oscuras, perdiendose de este modo muchas miradas de contento.

Se agarraba á todos los goces, abarcaba todos los dolores, y se apoderaba de todas las formulas de ecsistencia; esparciendo tan jenerosamente su vida y sentimientos sobre los simulacros de aquella naturaleza vacia y fecunda á la par, que el ruido de sus pasos resonaba ya en su alma como el lejano sonido de otro mundo, como suena el rumor de una ciudad oido desde torres altas como las de Nuestra-Señora.

Durante los momentos que subió la escalera interior que daba al primer piso, su acalorada mente le representaba en cada escalon peregrinos escudados, panoplias, tabernaculos esculpidos, retratos de madera pegados á las paredes... Era perseguido por formas las mas extravagantes, por maravillosas creaciones sentadas en las fronteras de la muerte y los confines de la vida. Andaba como en las encantadoras fascinaciones de un ensueño, y llegado á un punto en el cual ignoraba su ecsistencia era poco mas ó menos como los curiosos objetos que miraba, ni bien muerto ni bien vivo.

Cuando entró en los nuevos almacenes menguaba ya la claridad del día, pero la luz del sol parecia inutil á las riquezas radiantes de oro y plata que tan abundantemente alli estaban amontonadas.

En aquel vasto bazar de las locuras humanas, se veían los caprichos mas dispendiosos de disolutos, muertos en medio de andrajos, despues de haber poseido muchos bienes. Un tintero apreciado en otro tiempo en el valor de cien mil francos, y vuelto á comprar por un duro, yacia cerca una cerraja cuyo coste de fabricacion hubiese bastado al rescate de un rey.

Allá si que el jenio del hombre aparecia en toda la pompa de su miseria, en toda la gloria de sus pequeñeces gigantescas. Una mesa de ébano, verdadero ídolo de artista, esculpida segun los dibujos de Juan Gouyon, y que costó muchos años de trabajo estaba allí, adquirida tal vez á precio de leña! Preciosos cofrecitos, muebles maravillosos sin orden amontonados inspiraban compasion.

Despues que nuestro jóven hubo llegado á la pieza que terminaba una hilera inmensa de dorados aposentos esculpidos por artistas del siglo pasado, exclamó á pesar de la seriedad que se había impuesto:

Aquí hay millones!...

— ¡ Si los hay! Respondió el carrilludo mancebo.

¡ Pero esto no es nada aun; subid al tercer piso, y vereis!...

Siguiendo el jóven á su conductor, llegó á una cuarta galeria donde pasaron sucesivamente por sus ya cansados ojos varios cuadros del Poussin; una

sublime estatua de Miguel Anjel; algunos encantadores paisajes de Claudio Lorrain; un Jerardo Dow quien recordaba una página de Sterno; y cuadros de Rembrandt, y tambien de Murillo sómbrios y coloreados como un poema de lord Byron; á mas, bajos relieves antiguos, piedras de agata, maravillosos onynjes; finalmente, todos eran trabajos para disgustar del trabajo, obras maestras acumuladas, capaces de hacer odiar las artes, y matar el entusiasmo.

Vió una vírjen de Raphael, pero ya estaba cansado de *Rafael*.

Un retrato de Correjo que queria una mirada, ni aun pudo obtenerla... Un vaso inestimable de antiguo porfiro y cuyas circulares esculturas representaban la mas grotescamente licenciosa de las priapeias romanas, objeto que formára las delicias de alguna Corina, pudo apenas alcanzar una sonrisa.

Hallábase sufocado bajo los escombros de cincuenta siglos; enfermo de tantos pensamientos humanos; asesinado por las ártes y su lujo; oprimido bajo aquellas formas que parecidas á mónstruos enjendrados á sus pies por algun jenio atroz le hacian cruel guerra.

Semejante en sus caprichos á la quínica moderna, que resume la creacion por una sal; el alma del hombre, poderosa máquina, se compone de venenos formidables por la concentracion de sus deleites, de

sus fuerzas ó de sus ideas; y cuantos hombres perecen así, víctimas de un ácido moral que se han destilado ellos mismos sobre su corazón!.....

— ¿Que hay en esta caja? preguntó al llegar á un espacioso gabinete, postrer monton de gloria, de humanos esfuerzos, de orijinalidades, de riquezas.

Y mostraba con el dedo una grande caja cuadrada, de pulida caoba, suspendida en un largo clavo por una cadena de plata.

— Ah! mi señor tiene la llave... dijo el gordo mancebo con ademan misterioso... Si deseais ver el retrato, me aventuraré para complaceros, á decirselo...

— ¡Que os aventurareis!... contestó el jóven. ¿Con que vuestro amo es algun príncipe?

— Pero... yo no sé... respondió el mozo.

Y se miraron por un instante tan asombrados el uno como el otro.

El mancebo interpretando el silencio del desconocido por un deseo, le dejó solo en aquel gabinete.

Se ha lanzado alguna vez el lector en la inmensidad de los espacios al leer las obras de Cuvier; ¿Ha campeado alguna vez sobre el abismo sin límites del pasado, sostenido por la varita de un hechicero?

Al ir descubriendo de faja en faja, de capa en capa, bajo las carreras de Monmartre ó en los kistos del Vral aquellos animales cuyos despojos fosilizados pertenecen á épocas ante-diluvianas; se asombra la intelijencia, entreviendo millares de siglos y de pueblos de quienes no nos habian conservado vestijios ni la flaca memoria humana ni la indestructible tradicion divina, animales cuya ceni-



za esparcida por la superficie de nuestro globo forman parte de los dos pies de tierra que nos suministra pan y flores.

¿Y si bien se considera, no es por ventura Mr. Cuvier el mas gran poeta de nuestros tiempos?... No hay duda que lord Byron reprodujo con palabras algunas agitaciones morales, pero nuestro inmortal naturalista ha resucitado mundos con huesos calcinados, ha reedificado como Cadmo ciudades con dientes, ha vuelto á poblar mil bosques de todos los misterios de la teología con algunos fragmentos de carbon de piedra, ha evidenciado la existencia de razas de gigantes enseñándonos un pie de Mammut... Tan grandiosos cuadros se vivifican, se levantan con toda la majestad de su respeto, y mueblan los antiguos dias del mundo primitivo. Poeta es con guarismos, sublime, colocando un cero al lado de un siete. Despierta la nada, y lo hace sin pronunciar palabras grandemente hechiceras. Analiza un pedacito de jipso, en el percibe una señal y nos dice.

—Mirad!...

Y entonces desarrolla mundos, animaliza los mármoles, vivifica la muerte y no hace llegar este jenero humano tan tumultuosamente insolente, sino despues de innumerables dinastías de criaturas gigantescas, despues de razas de peces y de familias moluscas...

Y es á vosotros á quienes Cuvier instituye poe-

tas! A vosotros hombres débiles nacidos de ayer; á pesar de que vuestra retrospectiva mirada puede componer poemas inmensos, como quien diria Apocalipsis ilimitadamente retrógrados.

Entonces delante de tan estupenda resurreccion, á la voz de un solo hombre, este minuto de vida, esa partícula que nos cabe en usufructo dentro de este infinito sin nombre, comun á todas las esferas, y que nosotros hemos llamado con orgullo el tiempo, esta miajita dá compasion. Y en esto se pregunta uno á sí mismo al hallarse agoviado bajo el peso de tantos universos desconocidos á la par que arruinados, ¿de que sirven nuestras glorias, nuestros ódios, nuestros amores?... ¿Y á quien no le viene en su mente que la pena de vivir no deberia casi aceptarse, para venir á parar en un punto impalpable dentro del porvenir? Arrancados entonces del presente, estamos como muertos, hasta que venga nuestro lacayo á decirnos:

—Señor: la condesa se ha servido contestar que os aguardaria por la noche...

Las maravillas que habia presentado en el espíritu del jóven toda la creacion conocida, ocasionaron en su intelijencia aquel fluido anonadamiento que se apodera del filósofo á la inspeccion científica de producciones hasta él desconocidas.

Instigado mas que nunca por los deseos de morir, dejóse caer sobre una silla curul paseando sus

confusas miradas al traves la fantasmagoria del pasado, de la nada. En tal situacion iluminaronse los cuadros, las testas de virjen le sonrieron, las estatuas se colorearon con fantástica vida. Secundadas de la sombra y puestas en movimiento por la calenturienta tempestad que en su cerebro dilacerado fermentaba, tantas y tan diversas obras de que estaba rodeado se agitaron y formaron remolinos ante de él. Cada figura le tiraba una mueca particular. Los ojos de los personajes representados en el marmol, en la tela, parecian brillar en sus órbitas. Las diferentes formas del inmenso conjunto se estremecieron, y despues de palpitantes contracciones se iban destacando de su puesto, con gravedad ó lijereza, con gracia ó con brusqueria segun sus costumbres, su carácter, y su contestura. Pareció aquella vision á una misteriosa bacanal digna de ser comparada con las portentosas rarezas entrevistas en el *Brochen* por el Fausto de Goette.

Pero estos fenómenos de óptica producidos sea por el cansancio, ó escesiva tension de las fuerzas oculares, sea por los caprichos peculiares del crepúsculo, ó mejor por ambas causas á la vez, no eran capaces de espantar al jóven. Para su alma de antemano familiarizada con los horrores de la muerte, eran impotentes los terrores de la vida. Aun favoreció por un esfuerzo de su voluntad irónicamente

te cómplice, las singularidades de aquel galvanismo moral cuyos prodijios se avenian con sus postreros pensamientos, por medio de los cuales desentrañaba su triste ecsistencia.

Ayudado del profundo silencio, que en torno suyo reinaba, se sumerjió en dulce enajenamiento, y haciendose sus impresiones cada vez mas negras, imitaron de grado en grado, de diferencia en diferencia y como por encanto las lentas degradaciones de la luz.

Como un resplandor procsimo á dejar el horizonte produjera luchando contra la noche un postrer reflejo colorado, levantó la cabeza y vió á un esqueleto cuya blancura resaltando en medio de la sombra le permitió ver la direccion de su dedo: el cráneo de este esqueleto pareció inclinarse de derecha á izquierda como para decirle:

— Los muertos aun no te quieren !...

Pasando el jóven la mano por su anchurosa frente para rechazar el letargo que de él empezaba á apoderarse, sintió distintamente un aire fresco producido por no se que cosa velluda que pasó lijeramente por sus mejillas. En esto se estremeció. Pero como los vidrios resonáran con sordo crujido, pensó que tan fria caricia digna por cierto de los misterios de la tumba, seria obra de algun murcielago que por casualidad en aquel silencioso lugar se albergaria.



Los indecisos reflejos del poniente le permitieron aun por algunos instantes, percibir indistintamente las fantasmas del almacén. Luego, perdióse toda aquella naturaleza dentro un manto sombrío.

La noche, la hora de la muerte habia llegado, y de repente.....

Pasóse desde este momento un corto intervalo durante el cual ninguna percepcion determinada tuvo de lo terrestre, sea que hubiese caido en algun desvarío mas profundo, sea que no pudiera por mas tiempo resistir á la somnolencia motivada por el cansancio material, por la infinidad de pensamientos que habian desgarrado su corazón.

Mas, subitamente parecióle haber sido llamado con voz terrible, y experimentó el horroroso desapego que tanto nos conmueve cuando nos precipitamos en algun abismo durante algun penoso ensueño.

Aqui cerró los ojos, deslumbrado por los rayos de un vivo resplandor.

Vió brillar en el seno de las ya formadas tinieblas una rojiza esfera el centro de la cual ocupaba un anciano que estaba en pie y sobre su cara dirijia la luz de una lámpara al parecer misteriosa. No habia oido sus pasos, ni su voz ni sus jestos.....

Tuvo esta aparicion algunas vislumbres de majica. El hombre mas intrépido sorprendido como él en su letargo, hubiese temblado sin duda delante aquel

extraordinario personaje, el cual no parecia sino que hubiese salido de algun sarcófago vecino.

Sino hubiese sido por la singular juventud de los inmóviles ojos de aquella especie de fantasma, atribuyéralo el desconocido á efecto verdaderamente sobrenatural. Y aun á pesar de esto, durante el rapido intervalo que separó su vida somnambúlica de su vida real, estuvo en la duda filosófica encomendada por Descartes, y quedó bajo el poder de aquellas inesplicables situaciones, cuyos misterios rechazamos por orgullo, tratando de hacer su análisis con el auxilio de nuestros estudios impotentes.....